



Arancibia y la «infiltración» de la Armada el 73: “A mí me iban a cortar el cuello...”

Senador y ex comandante en Jefe entrega su testimonio de lo que vivió hace 30 años, la noche en que —estando a cargo de la escuadra fondeada en Valparaíso— le advirtieron del supuesto plan subversivo de la izquierda para tomarse buques.

Los hechos de esa jornada “significaron clavar el hacha de guerra” y serían decisivos en el proceso que culminó el once de septiembre, porque en ese momento “la parafina ya estaba acumulada y éstas son las cosas que prenden el fosforito”.

Por Alvaro Valenzuela

El cuatro de agosto de 1973, el capitán de corbeta Jorge Arancibia, segundo comandante del destructor Orella, asumía la jefatura de servicio de la escuadra nacional, fondeada en Valpara-

íso. Tras *recogerse* (regresar a su embarcación) para recibir la guardia, el oficial que le entregaba la tarea le advertía:

—Tenemos informaciones de inteligencia de que hoy día va a haber un acto subversivo en los buques de la escuadra.

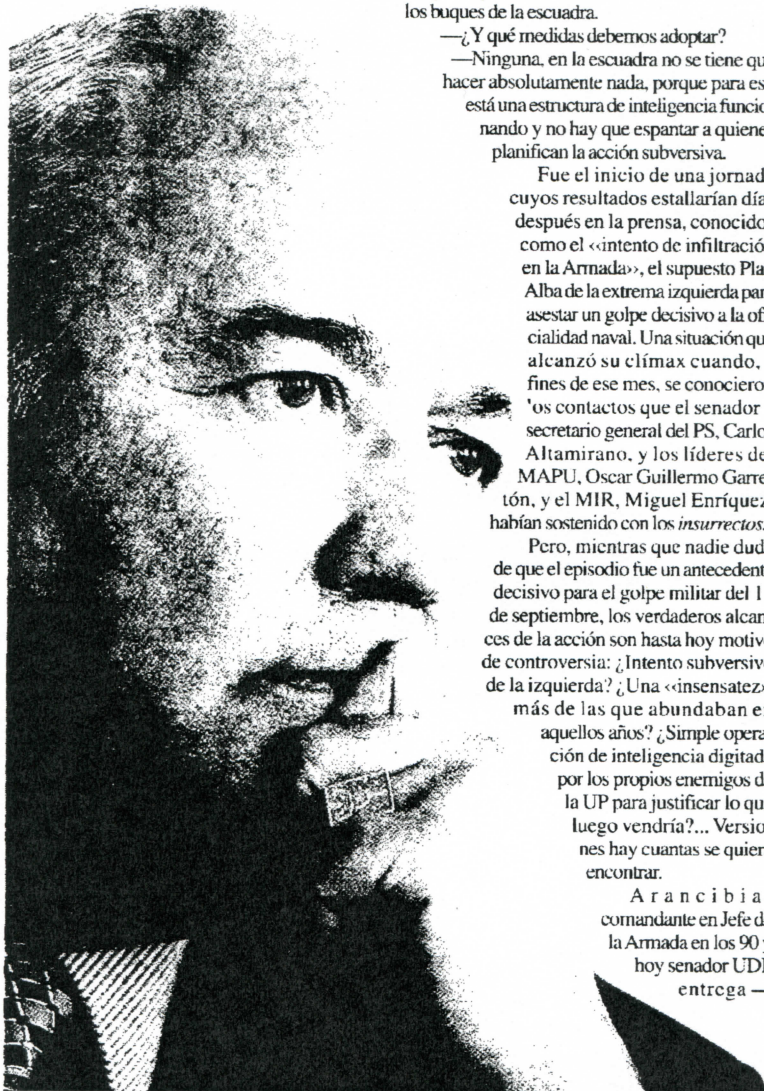
—¿Y qué medidas debemos adoptar?

—Ninguna, en la escuadra no se tiene que hacer absolutamente nada, porque para eso está una estructura de inteligencia funcionando y no hay que espantar a quienes planifican la acción subversiva.

Fue el inicio de una jornada cuyos resultados estallarían días después en la prensa, conocidos como el «intento de infiltración en la Armada», el supuesto Plan Alba de la extrema izquierda para asestar un golpe decisivo a la oficialidad naval. Una situación que alcanzó su clímax cuando, a fines de ese mes, se conocieron los contactos que el senador y secretario general del PS, Carlos Altamirano, y los líderes del MAPU, Oscar Guillermo Garretón, y el MIR, Miguel Enríquez, habían sostenido con los *insurrectos*.

Pero, mientras que nadie duda de que el episodio fue un antecedente decisivo para el golpe militar del 11 de septiembre, los verdaderos alcances de la acción son hasta hoy motivo de controversia: ¿Intento subversivo de la izquierda? ¿Una «insensatez» más de las que abundaban en aquellos años? ¿Simple operación de inteligencia digitada por los propios enemigos de la UP para justificar lo que luego vendría?... Versiones hay cuantas se quiera encontrar.

Arancibia, comandante en Jefe de la Armada en los 90 y hoy senador UDI, entrega —



30 años después— su relato de los hechos y de lo que ocurría al interior de la Marina en uno de los meses más decisivos que haya vivido la institución.

Y, aun admitiendo que las interpretaciones siempre son discutibles, sí se permite una advertencia:

— Mi recuerdo tiene la fuerza de corresponder a un testigo de primer plano... Yo viví la experiencia— dice, haciendo notar su doble condición de protagonista: primero, como segundo comandante del Orella y, luego, como juez naval que en los 80 sobreescribió el proceso contra Garretón.

Con esa aclaración hecha, ésta es su historia para aquella jornada.

"El que entrara se iba a llevar un chorro de balas"

Tras recibir la advertencia de lo que podía ocurrir aquel 4 de agosto, lo que parecía un día tranquilo para Arancibia tomó otro cariz. Inquieto ante la información —y como hombre a cargo de la escuadra— instruyó a los oficiales de guardia de los otros buques para que tomaran las medidas de seguridad personal que estimaran necesarias, aunque manteniendo los parámetros de normalidad.

Después vendría lo más tenso:

— Llegadas las 12 de la noche me fui a acostar. Allí notifiqué a los guardias que controlaban la entrada al buque, indicándoles que, si había alguna noticia, me la avisaran por teléfono. También les advertí que por ningún motivo alguien se fuera a meter a mi camarote.

Al interior de éste, Arancibia tomó una medida de seguridad adicional antes de dormir: puso un fusil ametralladora arriba del escritorio, apuntando hacia la puerta, de modo que quien, pese a la orden perentoria, intentase entrar a la fuerza, "se iba a llevar un chorro de balas, si es que yo alcanzaba a reaccionar".

Tal era la inquietud en ese momento.

Más tarde, una llamada telefónica lo despertó. "Me informaron que había una situación compleja en uno de los buques, concretamente en el Blanco Encalada, de modo que como jefe de servicio me levanté, salí y fui para allá".

En la nave había ocurrido algo extraño: un grupo de personal subalterno se había recogido sorpresivamente esa noche de sábado... situación insólita:

— Como marino con 47 años de servicio, le hago presente que un día sábado, con la escuadra fondeada en Valparaíso, una persona tendría que estar enferma de la cabeza para recogerse por propia iniciativa, a menos que estuviera intentando hacer otra cosa... De hecho, uno de los involucrados de quien más me acuerdo, el sargento Cárdenas, era un hombre casado, residente en la zona: mal podría sostenerse cualquier explicación que Ud. le busque de que no tenía dónde dormir... sobre todo cuando se estaba recogiendo con el resto de la gente que, según Inteligencia, iban a

hacer la acción subversiva.

Todo el grupo fue entonces detenido, subido a una camioneta y llevado a prisión, iniciándose el proceso respectivo en la justicia naval.

De lo ocurrido esa noche, la Armada informó al país el 7 de agosto, pero al interior de la institución, entre los oficiales, el ambiente hervía:

— Ya se comentaba que la idea de los detenidos, de recogerse esa noche de sábado, era para eliminar a los oficiales de guardia, tomar el control de alguno de los buques, zarpar con él e ir a bombardear la población naval de Las Salinas, donde viven las familias de los oficiales. Me imagino que todo eso para crear una situación de alarma que les permitiera avanzar en sus objetivos y evitar cualquier reacción.



Si Ud. de repente se encuentra con que en su casa lo van a matar en la noche, ¿qué hace? Empieza a armarse, a querer matar a palos a alguien.



La caída del almirante Montero

En esos mismos días, se produjo otro hecho que, sumado a los sucesos del Blanco Encalada, se volvería explosivo:

— El Presidente de la República, si mal no recuerdo el 9 de agosto, convoca al comandante en Jefe de la Armada, el almirante Raúl Montero, y le pide sea su ministro de Hacienda. Ese día aparece el almirante en los balcones de La Moneda junto al general Prats y a otros, y el Presidente le levanta las manos, como en un acto muy

triumfal. A mí, en ese minuto, cuando lo vi en TV, el almirante Montero dejó de mandarme. Fue algo absoluto: cuando el almirante Montero muestra ese grado de compromiso con un gobierno cuyos principales actores y gestores habrían posiblemente atentado contra mi vida, se me hizo insoportable aquello.

—¿Uds. en la Armada ya en ese momento tenían claros los supuestos vínculos entre el grupo de suboficiales y gente de la Unidad Popular?

— Al interior de la institución, sí, pero entiendo que sólo se hizo público de modo posterior, alrededor del 24 de agosto... En cuanto a Montero, estuvo unos diez días en el ministerio y creo que nunca supo qué perdió en ese lapso: el respeto y la adhesión de su gente.

—¿Qué se conversaba entre la oficialidad en esos días?

— Era un nivel de indignación que, sumado a los panfletos que llamaban a desobedecer a las FF.AA. y que salían en todas partes, nos hacían vivir una situación muy violenta. Ahora, ¿qué significó para nosotros ese acto subversivo en la escuadra? Fue clavar el hacha de guerra. Hasta ese momento estábamos en palabras, en actitudes, en lo verbal. Pero ya un acto específico y concreto que apuntara en esa dirección, superaba todo. Marca un momento en el cual se inicia la rebelión... a partir de entonces era sólo cuestión de tiempo, y no muy largo, porque para nosotros era inaceptable que esta cosa se pudiera prolongar.



—¿Tuvieron oportunidad de expresarse directamente a Montero?

—No, pero entiendo que los almirantes sí lo hicieron. Tengo entendido que el almirante Justiniano, en un Consejo Naval, le pidió, por el bien de la Marina, que renunciara a la Comandancia en Jefe.

—Sin embargo, él renuncia al ministerio, pero continúa en la comandancia.

—Había una situación de mucha tensión ahí, y el Presidente tuvo varias reuniones con el Almirante Merino. En una de ellas, cuando ya estábamos muy cerca del once de septiembre, Allende le muestra un diario donde se decía que Merino iba en ese momento a Santiago a asumir la comandancia en Jefe y entiendo que le expresa que en esas condiciones era imposible que lo nombrara. Y Merino hasta el día del Golpe no es nombrado, pero era el que estaba mandando. Era, de hecho, el líder.

Por qué sobreseyó a Garretón

—¿Qué se llegó a establecer de lo que conversaron, en las semanas previas al 4 de agosto, Altamirano y Garretón con la suboficialidad?

—Allí había distintas versiones de las partes. De hecho, unos decían que el objeto de las reuniones era infiltrar la Marina para tener información en caso de que se materializase un acto subversivo contra el gobierno. Entiendo que eso ha dicho el señor Garretón.

—¿Qué impresión se formó Ud. cuando más de una década después conoció el proceso como juez naval?

—Creo que ellos estuvieron más comprometidos de lo que se pudo demostrar en el proceso. No suena lógico que estas reuniones hayan conducido a que estas personas se recogieran un día sábado en la noche para sólo recabar información, en un momento en que las posibilidades de investigación parecían nulas, ya que en los barcos estaban las puras guardias.

—¿Pero qué antecedentes concretos existen?

—Las reuniones se hicieron y de lo que se trató hay distintas versiones.

—En su visión, ¿piensa que efectivamente la intención era eliminar a los oficiales de guardia?

—Era la única forma de proceder, porque si los oficiales no son eliminados, ellos no podían tomar el control de los buques, que era lo que buscaban.

—¿Por qué no cree la versión de que simplemente fuera gente que quería darle información al gobierno?

—Por la recogida del sábado en la noche... aparte de las declaraciones que después ellos mismos hicieron. Pero es muy

6 8 5 3

definitorio el hecho de que se hubiera recogido un sábado en la noche, cuando está más desgarnecida que nunca la escuadra, más inerme y que resulta anti natura total. Por lo demás, Cárdenas y otros fueron condenados. Ellos hicieron un acto subversivo específico respecto del cual no hay ninguna duda. Les faltó chutear la pelota no más, pero la tenían puesta.

—¿Por qué Ud. sobreseyó a Garretón?

—Por prescripción. El caso había estado durante mucho tiempo sobreseydo temporalmente, y llegó el momento de la prescripción, cumpliéndose con la ley, tal como lo hacíamos en ese tiempo.

—¿Pero Ud. quedó con la idea de que Garretón estaba efectivamente detrás de un plan para generar la insubordinación de la Armada?

—Ahí Ud. me pide que juzgue intenciones; como juez naval, me ceñí a la letra, los principios y conceptos que me dieron los letrados. Ahora, si Ud. me pregunta como persona, creo que el accionar de aquella gente que fue mencionada en el proceso participando en las reuniones —no les pongamos nombre— tenía un fin más profundo que el simple recoger información. Le repito: para que un grupo de subalternos, con una autoridad superior del nivel de un sargento, se haya atrevido a hacer lo que hicieron, sin ningún oficial, es porque debían

haber tenido una suerte de paraguas o de sistema, que de hecho se movilizó después de la detención con una tremenda agilidad. Porque cuando se supo que se había detenido a esta gente, ahí sí los andaban buscando como locos.

—¿A qué se refiere?

—Cuando se supo que estaban detenidos, empezó la desesperación en Santiago.

—¿Desesperación de quién?

—Estoy hablando de los mismos personajes mencionados en el proceso.

“Yo era el pato que se iban a comer esa noche”

—La diputada Isabel Allende dijo hace unos años haber concluido que todo esto no fue más que una operación de inteligencia para justificar lo que venía después: el Golpe.

—Dígale a la diputada que converse conmigo. Porque yo estaba ahí, era el pato que se iban a comer esa noche. Y el que llegó a comérselo estuvo preso en la cárcel. O sea, hacer una operación de inteligencia donde uno de los nuestros va a quedar preso, es medio difícil de lograr. Ud. comprenderá que embarcar a un tipo de Inteligencia para después hacerlo pasar 14 años en la cárcel...

—Pero esa gente pudo haber sido usada.

—Usada por quién? ¿Por Altamirano y Garretón? Si nosotros no nos juntamos con esta

gente en las reuniones previas! Fueron Altamirano y Garretón. Y se lo está diciendo, a diferencia de la diputada, el que estaba a bordo la noche en que le iban a cortar el cuello.

—¿Ud. está convencido de que esa noche...?

—Me iban a cortar el cuello, sí.

—¿Y Ud. cree que todo esto contribuyó a lo que vino después, con toda la inflamación de pasiones respectivas?

—La parafina ya estaba acumulada y éstos son hechos que prenden el fosforito. Si Ud. vive en un mundo de amenazas y de repente se encuentra con que en su casa lo van a matar en la noche, ¿qué hace? Empieza a armarse, a querer matar a palos a alguien.

—¿Ud. también llegó a sentir ese nivel de odio?

—Absolutamente. Para mí era una cuestión de vida o muerte.

—¿Y hasta cuándo le duró?

Arancibia hace una pausa antes de responder:

—Hasta el once de septiembre del 73, hasta más o menos las 24 horas, porque ahí ya teníamos que preocuparnos de que el país funcionara. Me demoré en contestarle porque a mí me tocó actuar en Ventanas, donde nuestra misión era mantener funcionando la Refinería y lo hicimos con guante blanco, sin que ocurriera ninguna situación condenable. Por mi parte, yo estaba superado el tema. ■



Arancibia, Garretón y Altamirano en 1973.

“Probablemente Altamirano ya pagó sus culpas”

➔ —¿Qué piensa hoy de Garretón? ¿Lo ve como el que, según Ud. dice, le quería cortar el cuello?

—Para nada. El estaba en ese momento en su utopía, en su locura. Hoy, vistas las cosas con 30 años de distancia, es casi como natural lo que quiso hacer. Y es como natural casi lo que hicimos nosotros también: tomar el control con rigidez y eliminar a los que se oponían al sistema. Se lo digo con frialdad, porque sé que es una cosa tremenda, pero en esos días, tratando de normalizar el país, la situación era otra.

—¿El supuesto plan pudo haber tenido

factibilidad o era simplemente insensato?

—Creo que obedecía más bien al sobrenombre que tenía Altamirano en esa época... una cosa bastante insensata.

—¿Una locura condenada al fracaso?

—Creo que a él le decían un sobrenombre...

—«Mayoneso».

—Pero era «mayoneso» porque se referían al molusco que está debajo de la mayonesa, al loco. Era insensato. Creo que Altamirano tiene un grado tremendo de culpabilidad en el destino de Allende. Hoy tiene una actitud muy doctoral, muy pausada y en este momento nadie podría decir nada de él. Pero sus intervenciones en

esa época fueron negativas para la propia estabilidad del gobierno de la UP.

—¿Y en el caso de Garretón igual?

—El era una figura distinta. Siendo importante, era de otro peso específico. Altamirano era una persona mucho más peligrosa desde el punto de vista de su influencia. Pero, le insisto, en su posición actual es hoy alguien que no me merece ningún reparo. Y probablemente él pagó sus culpas por la actitud que tuvo en esos tiempos. Ahora, pretender identificar al Altamirano de hoy con el de esa época, ¡por favor! Eso sólo podría engañar a los niños. ■